

Sara Mesa publica 'Cara de pan', una atrevida invitación a tabúes de edades y sentimientos

Sobre la necesidad de lo furtivo

NÚRIA ESCUR
Barcelona

La esperaban. Todos sus fans esperaban su última novela. “Esta vez sí que he notado la expectativa puesta sobre mí. He concebido este libro en tiempo mínimo y alejada de inseguridades, cosa rara en mí”, explica Sara Mesa. “La escribí en un estado en el que no suelo estar, de calma y continuidad, y contrariamente a lo que siempre me pasa, disfruté al escribirla”.

La relación entre una adolescente vulnerable, en construcción, y un hombre maduro que se encuentran en un parque destapa todo tipo de contradicciones y sospechas. “Me interesa la tensión entre la vida dentro y fuera de esos setos”.

Novela sobre tabúes de edades y sentimientos, con sus miedos y sus facturas, *Cara de pan* (Anagrama) vuelve a ser Sara Mesa en estado puro. Ella es Casi (casi catorce años); él, Viejo (muchos más). Ella, víctima de acoso escolar, acaba haciendo novillos en el instituto (“nosotros decíamos *hacer rabona*”) y tiene dificultades para relacionarse con su entorno.

“Es una historia plausible. Lo que ignora es si es recomendable. Depende. La normalidad es siempre un concepto muy ambiguo”, explica la autora, que reconoce que a veces tarda años en saber por qué ha



ED. ANAGRAMA

Sara Mesa plantea la relación entre una adolescente y un hombre maduro que se citan cada día en un parque

escrito algo. “En esta ocasión, aunque no soy yo, reconozco que hay un sustrato biográfico porque todo el tiempo, en mi cabeza, estaba ese parque proletario, el parque Amate, en Sevilla, donde me moví cuando tenía la edad de Casi”.

A él, a Viejo, lo que le gusta es contemplar los pájaros y escuchar las

canciones de Nina Simone, no trabaja y arrastra un pasado de conflictos encadenados. Dos personajes heridos y escurridizos que establecen una relación impropia a ojos de terceros, intolerable para algunos, que provoca incompreensión. “En realidad, lo único que quieren ellos es que les dejen en paz”

Mesa domina esa zona de penumbra que ya nos mostró en *Cicatríz* o su autobiográfica *Mala letra*. “Es común en mí: secretos y dobles vidas, la necesidad de lo furtivo”.

A los libros de Sara Mesa (Madrid, 1976) –que reside en Sevilla desde niña– siempre se les adjudican los mismos adjetivos: inquie-

tantes, magnéticos, obsesivos. De todos ellos la autora sólo se siente cómoda con algunos. “Me parece bien lo de inquietante. En cambio me molesta que digan que este libro es intimista, un adjetivo que se aplica muy fácilmente si quien escribe es mujer. Mis libros no son intimistas, hablan de lo público”. Y pone

“Intimista es un adjetivo que aplican si quien escribe es mujer; mis libros no son intimistas, hablan de lo público”

por ejemplo el tema de la maternidad. “Yo tuve un hijo siendo muy joven y jamás he escrito sobre maternidad. Me dicen que tengo que hacerlo. ¿Por qué? Reivindico mi libertad a reservar o escoger espacios”.

El tercer personaje de su novela es abstracto. Es la mirada que juzga. “Son las instituciones y las autoridades familiares, policiales, educativas...”. Mesa, que sonríe si la acusan de antisocial, admite que entiende bien a la protagonista cuando no quiere estar obligada a hacer trabajos en grupo: “Me reconozco en ese impulso. Hoy, si quieres hacer algo en soledad, individualmente, estás estigmatizado”. ●